

Las lealtades

Delphine de Vigan

Las lealtades

Traducción de Javier Albiñana



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Les loyautés
JC Lattès
París, 2018

Ilustración: foto © Herbert List Magnum Photos Contacto

Primera edición: octubre 2019

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Javier Albiñana, 2019

© 2018, éditions Jean-Claude Lattès

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2019

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-8049-6

Depósito Legal: B. 20241-2019

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Las lealtades.

Son lazos invisibles que nos vinculan a los demás –lo mismo a los muertos que a los vivos–, son promesas que hemos murmurado y cuya repercusión ignoramos, fidelidades silenciosas, son contratos pactados las más de las veces con nosotros mismos, consignas aceptadas sin haberlas oído, deudas que albergamos en los entresijos de nuestras memorias.

Son las leyes de la infancia que dormitan en el interior de nuestros cuerpos, los valores en cuyo nombre actuamos con rectitud, los fundamentos que nos permiten resistir, los principios ilegibles que nos corroen y nos aprisionan. Nuestras alas y nuestros yugos.

Son los trampolines sobre los que se despliegan nuestras fuerzas y las zanjas en las que enterramos nuestros sueños.

HÉLÈNE

Pensé que el chiquillo sufría maltratos, lo pensé enseguida, quizá no los primeros días pero no mucho después de la vuelta a clase, era algo en su modo de comportarse, de sustraerse a la mirada, sé lo que me digo, sé perfectamente lo que me digo, una manera de fundirse con el entorno, de dejarse traspasar por la luz. Solo que conmigo eso no funciona. Los golpes los recibí cuando era cría y las señales las oculté hasta el final, o sea que a mí no me la dan. He dicho el chiquillo porque lo cierto es que hay que verlos, a los chicos de esa edad, con su cabello fino como el de las chicas, su voz de pulgarcito, y esa indecisión consustancial a sus movimientos, hay que verlos asombrarse abriendo ojos como platos, o aguantar un rapapolvo con las manos entrelazadas en la espalda, el labio temblequeante y cara de no haber roto un plato. Sin embargo, es indudable que a esa edad empiezan las gilipolleces de verdad.

Unas semanas antes de la vuelta a clase, pedí ver al director para hablar sobre Théo Lubin. Tuve que explicárselo varias veces. No, ni indicios ni confidencias, era algo en la actitud del alumno, una suerte de enclaustramiento, una manera sui géneris de hacerse el distraído. El señor Nemours se echó a reír: hacerse el distraído, pero ¿no era ese el caso de media clase? Sí, claro, sabía a qué se refería: esa costumbre que tienen de encogerse en el asiento para que no se les pregunte, de fijar los ojos en la mochila o de abstraerse de pronto en la contemplación de su mesa como si fuera en ello la vida de todo el distrito. A esos los detecto sin siquiera alzar la vista. Pero no era ese el caso. Pregunté qué se sabía del alumno, de su familia. Seguro que habría alguna referencia en el expediente, observaciones, una notificación anterior. El director repasó con atención los comentarios aparecidos en los boletines de notas, varios profesores habían observado en efecto su mutismo el año anterior, pero nada más. Me los leyó en voz alta, «alumno muy introvertido», «ha de participar en clase», «buenos resultados pero alumno muy silencioso», y un largo etcétera. Padres separados, el muchacho en custodia compartida, todo de lo más normal. El director me preguntó si Théo había trabado amistad con algún otro chico de la clase, imposible negarlo, andan siempre juntos los dos, hacen buena pareja, la misma cara angelical, el mismo color de pelo, la misma tez clara,

parecen gemelos. Los observo por la ventana cuando están en el patio, forman un solo cuerpo, hirsuto, una suerte de medusa que se contrae de golpe cuando se acerca alguien y vuelve a estirarse una vez pasado el peligro. Los raros momentos en que veo sonreír a Théo se producen cuando está con Mathis Guillaume y ningún adulto traspasa su perímetro de seguridad.

Lo único que llamó la atención del director fue un informe redactado por la enfermera a fines del año pasado. El informe no figuraba en el expediente administrativo, y Frédéric me sugirió que fuera a informarme a la enfermería, por si acaso. A finales de mayo, Théo pidió permiso para salir de clase. Dijo que le dolía la cabeza. La enfermera menciona una actitud huidiza y síntomas confusos. Notó que tenía los ojos enrojecidos. Théo explicó que tardaba mucho en conciliar el sueño y que, en ocasiones, podía pasar toda una noche sin dormir. Al pie de la hoja, la enfermera escribe en rojo «alumno delicado de salud» y lo subraya con tres trazos. Luego debió de cerrar el expediente y guardarlo en el armario. No pude preguntarle porque abandonó el establecimiento.

Sin ese documento, me habría resultado imposible que la nueva enfermera convocara a Théo.

Se lo comenté a Frédéric, me pareció preocupado. Me dijo que no me tomara el asunto muy a pecho. Le parecía cansado desde hacía algún tiem-

po, con los nervios a flor de piel,¹ fue la expresión que utilizó, y enseguida me vino a la cabeza la navaja que guardaba mi padre en el cajón de la cocina, accesible a cualquiera, cuyo seguro accionaba una y otra vez, con gesto mecánico, para calmar los nervios.

1. En francés *à cran*, que designa también el seguro de una navaja. (*N. del T.*)

THÉO

Es una ola de calor que no sabe describir, que quema y abrasa, a la vez un dolor y un alivio, es un momento que se cuenta con los dedos de una mano y debe de tener un nombre que él no conoce, un nombre químico, fisiológico, que define su fuerza y su intensidad, un nombre que rima con combustión o explosión o deflagración. Tiene doce años y medio y si respondiera con franqueza a esas preguntas que le formulan los adultos, «¿qué profesión te gustaría ejercer?», «¿cuáles son tus pasiones?», «¿a qué te gustaría dedicarte?», si no temiera que los últimos puntos de apoyo que parecen perdurar a su alrededor se desmoronasen en el acto, contestaría sin vacilar: me gusta notar el alcohol dentro de mi cuerpo. Primero en la boca, ese instante en que la garganta recibe el líquido, y luego esas décimas de segundo en que el calor desciende por su vientre, podría seguir el recorrido con el dedo. Le gusta esa ola húmeda que le acaricia la nuca y se difunde por sus miembros como una anestesia.

Bebe a morro y tose varias veces. Mathis, sentado frente a él, lo observa y se ríe. Théo piensa en el dragón del libro ilustrado que le leía su madre de pequeño, cuerpo gigantesco, ojos rasgados, fauces abiertas mostrando unos colmillos más afilados que los de los perros feroces. Le gustaría ser esa fiera enorme de dedos palmeados capaz de abrasarlo todo. Respira profundamente, se lleva de nuevo la botella a los labios. Cuando deja que le aturda el alcohol, cuando intenta visualizar su camino, evoca mentalmente uno de esos esquemas que la señora Destrée les reparte en clase. *Muestra el trayecto de la manzana e indica los órganos implicados en la digestión.* La imagen le hace sonreír y se entretiene distorsionándola. *Muestra el camino del vodka; colorea su trayectoria; calcula el tiempo que se requiere para que los tres sorbos te lleguen a la sangre...* Se ríe solo y Mathis se ríe de verlo reírse.

Transcurridos unos tres minutos, algo explota en su cerebro, es una puerta que se abre de una patada, un potente arranque de aire y de polvo, y le acude la imagen de un saloon del Oeste cuyos batientes ceden con un chirrido. En un abrir y cerrar de ojos pasa a ser ese cowboy con botas camperas que avanza hacia la barra en la oscuridad, y sus espuelas rascan el suelo con un ruido sordo. Cuando se acoda en la barra para pedir un whisky, se le antoja que todo se ha esfumado, el miedo y los recuerdos. Las garras de autillos que le oprimen de

continuo el pecho han soltado por fin su presa. Cierra los ojos, todo se ha borrado, sí, y todo puede comenzar.

Mathis le coge la botella de las manos para llevársela a los labios. Le toca a él. El vodka se desborda, le cuelga un hilo transparente de la barbilla. Théo protesta: si se escupe no vale. Entonces Mathis bebe de un trago, le lagrimean los ojos, tose, se tapa la boca, por un instante Théo se pregunta si va a vomitar, pero a los pocos segundos Mathis rompe a reír con más fuerza. Con un gesto rápido, Théo le amordaza la boca para hacerlo callar. Mathis enmudece.

Contienen la respiración, inmóviles, pendientes de los ruidos a su alrededor. A lo lejos, se oye la voz de un profesor que no aciertan a identificar, un monólogo átono en el que no sobresale ninguna palabra.

Están en su escondite, su refugio. Es su territorio. Bajo la escalera que conduce al comedor, han descubierto ese espacio expedito, un metro cuadrado donde apenas se cabe de pie. Un ancho armario cierra el paso, pero con un poco de agilidad pueden deslizarse por debajo. Es cuestión de rapidez. Primero tienen que buscar refugio en los servicios hasta que todo el mundo esté en clase. Esperar unos minutos más, y dejar alejarse al vigilante, quien cada hora comprueba que los alumnos no deambulen por los pasillos.

Cada vez que consiguen deslizarse tras el armario, constatan que es cosa de centímetros. Dentro de unos meses, ya no podrán hacerlo.

Mathis le alarga la botella.

Tras echar un último trago, Théo se relame, le gusta ese sabor a sal y a metal que perdura en la boca, a veces unas horas.

La distancia entre el pulgar y el índice permite saber lo que han bebido. Repiten la operación varias veces, sin lograr hacerlo ni el uno ni el otro sin moverse, se echan a reír.

Han bebido mucho más que la última vez.

Y la próxima beberán aún más.

Es su pacto, y su secreto.

Mathis coge la botella, la envuelve en el papel y la mete en su mochila.

Se toman cada uno dos pastillas de chicle Airwaves con sabor a regaliz mentolado. Mascan aplicadamente para liberar el aroma, dan vueltas al chicle en la boca, es lo único que camufla el olor. Aguardan un buen rato antes de salir.

Una vez de pie, la sensación ya no es la misma. La cabeza de Théo bascula de delante hacia atrás, pero no se nota.

Camina por una alfombra líquida de motivos geométricos, de puntillas, se siente fuera de sí mismo, justo al lado, como si hubiera abandonado su cuerpo pero siguiera llevándolo de la mano.

Apenas le llegan los ruidos del colegio, amortiguados por una materia hidrófila, invisible, que lo protege.

Un día le gustaría perder la conciencia, del todo.
Hundirse en el tejido espeso de la embriaguez, dejarse cubrir, sepultar, durante unas horas o para siempre, sabe que eso pasa.

HÉLÈNE

Lo observo sin querer. Me doy perfecta cuenta de que mi atención retorna sin cesar a él. Me obligo a mirar a los demás, uno por uno, cuando hablo y ellos escuchan, o cuando están inclinados sobre su examen parcial, los lunes por la mañana. El lunes, precisamente, lo vi entrar en el aula con la cara más pálida de lo habitual. Parecía un chiquillo que no ha pegado ojo el fin de semana. Sus gestos eran los mismos que los de los demás –quitarse la cazadora, correr la silla, colocar la mochila Eastpak encima de la mesa, abrir la cremallera, sacar el cuaderno de clase–, no me atrevería a asegurar que me pareciera más lento que de costumbre, ni más nervioso, y sin embargo vi que no podía con su alma. Al comenzar la clase, pensé que iba a dormirse, porque le ha sucedido una o dos veces en lo que llevamos de curso.

Después, mientras hablaba de Théo en la sala de profesores, Frédéric me hizo notar, sin ninguna iro-

nía, que no era el único al que le pasaba. Habida cuenta del tiempo que perdían ante las pantallas, si tuviéramos que preocuparnos de todos los alumnos que parecen cansados, nos pasaríamos la vida dando partes. O sea que las ojeras no demostraban nada.

Es algo irracional, lo sé.

No tengo nada. Absolutamente nada. Ni hechos, ni pruebas.

Frédéric intenta aplacar mis inquietudes. Y mi impaciencia. La enfermera ha dicho que lo llamaría. Lo hará.

La otra noche, intenté explicar esa sensación de cuenta atrás que lleva unos días oprimiéndome, como si alguien hubiera puesto en marcha un minutero sin saberlo nosotros y un tiempo precioso transcurriera sin que pudiéramos oírlo, conduciéndonos en silencioso cortejo hacia un algo absurdo cuyo impacto somos incapaces de imaginar.

Frédéric me ha repetido que parecía cansada.

Me ha dicho: tú sí que deberías descansar.

Esta mañana reanudé la clase sobre las funciones digestivas. Théo se enderezó de repente, prestaba más atención de la habitual. Dibujé en la pizarra el esquema sobre la absorción de los líquidos, lo copió en el cuaderno con un detenimiento inhabitual.

Al terminar la clase, cuando pasaba delante de mí para salir del aula, no pude evitar pararlo. No sé qué me dio, le planté la mano en el hombro para

que me atendiera y dije: Théo, quédate un momento, por favor. De inmediato, surgió un murmullo indignado en el grupo: ¿con qué derecho retenía a un alumno por las buenas, sin que durante la clase hubiera mediado incidente alguno que explicase mi actitud? Esperé a que saliera todo el mundo. Théo mantenía la cabeza gacha. Yo no sabía qué decir, pero no podía retractarme, tenía que hallar un pretexto, una pregunta, lo que fuera. ¿Qué me había dado? Cuando por fin se cerró la puerta tras el último alumno (Mathis Guillaume, cómo no), seguía sin ocurrírseme nada. El silencio duró unos segundos. Théo miraba fijamente sus Nike. Luego alzó la cabeza, creo que me miraba por primera vez de verdad, sin despegar los ojos de mí. Me examinó sin decir palabra, nunca había visto una mirada tan intensa en un chico de esa edad. No parecía sorprendido, ni impaciente. Me miraba sin preguntarme nada, como si fuera totalmente normal que hubiéramos llegado a esa situación, como si todo aquello estuviera cantado, fuese evidente. E igualmente evidente el callejón sin salida en el que nos hallábamos, la imposibilidad de dar un paso más, de intentar algo. Me miraba como si hubiera comprendido el impulso que me había movido a retenerlo, y como si entendiese también que yo no pudiera ir más lejos. Sabía exactamente lo que yo sentía.

Sabía que yo sabía, y que no podía hacer nada por él.

Eso fue lo que pensé. Y de súbito se me encogió el corazón.

Ignoro cuánto duró aquello, se me agolpaban las palabras en la cabeza –padres, casa, cansancio, tristeza, ¿va todo bien?–, pero ninguna culminaba en la formulación de una pregunta que me sintiera autorizada a hacerle.

Creo que acabé sonriendo, y con una voz que no era la mía, una voz insegura que no me conocía, me oí preguntarle:

–¿Estás en casa de tu padre o de tu madre esta semana?

Dudó antes de contestar.

–En casa de mi padre. Bueno, hasta esta noche.

Cogió la mochila para echársela al hombro, dando así la señal de partida que hubiera debido concederle yo hacía rato. Se dirigió hacia la puerta.

Antes de salir del aula, se volvió hacia mí y me dijo:

–Pero si quiere hablar con mis padres, vendrá mi madre.

THÉO

Después de clase, deambuló diez minutos delante del colegio, y acudió a casa de su padre para recoger sus cosas. Las cortinas no estaban corridas; para ir a su habitación se limitó a encender la luz de la cocina. Al atravesar el salón oyó un ruido extraño. Un runrún sordo, intermitente, un insecto que se habría quedado encerrado en algún sitio. Buscó en la oscuridad de dónde provenía el ruido, hasta que se dio cuenta de que se había quedado encendida la radio desde la mañana, el volumen era tan bajo que las palabras resultaban ininteligibles.

Todos los viernes se efectuaba el mismo ritual: juntarlo todo, la ropa, las zapatillas de deporte, la totalidad de los libros, archivadores y cuadernos de clase, la raqueta de ping pong, la regla graduada, el papel de calco, los rotuladores, la carpeta de dibujo. Sobre todo no olvidar nada. Todos los viernes emigra como una mula de uno a otro lugar.

En el vagón, la gente lo mira, sin duda temen

que se caiga o se desplome, cuerpecillo tambaleante bajo la multiplicación de las mochilas. Se encorva, pero no flaquea. Se niega a sentarse.

En el ascensor, antes de llegar a la otra orilla, deposita su carga, se concede por fin un rato para respirar.

Eso es lo que le toca hacer, todos los viernes, más o menos a la misma hora: ese desplazamiento de uno a otro mundo, sin pasarela ni guía. Dos bloques compactos, sin ninguna zona de intersección.

A ocho estaciones de metro: otra cultura, otros hábitos, otra lengua. Solo dispone de unos minutos para aclimatarse.

Son las seis y media cuando abre la puerta y su madre ya está allí.

Se ha sentado en la cocina, corta en trocitos verduras cuya forma le intriga, le gustaría preguntarle cómo se llama eso, pero no es el momento.

Lo mira, lo repasa, escáner silencioso, ojo de radar, es superior a sus fuerzas. Lo husmea. Una semana sin verlo, ningún abrazo, busca la impronta del otro tanto como la teme, el rastro del enemigo.

No soporta que venga del otro lado. Théo lo ha comprendido enseguida, por esa expresión recelosa que exhibe cuando vuelve de casa de su padre, y el gesto de rechazo que se afana en disimular.

Además, casi siempre, incluso antes de saludarle, le dice «ve a ducharte».

Los días que ha pasado en casa de su padre ni se mencionan. Es una quiebra espacio-temporal de una opacidad total, cuya misma existencia ella negará. No preguntará nada, él lo sabe. No preguntará si ha pasado una buena semana, ni cómo está. No preguntará si ha comido bien, o dormido bien, qué ha hecho, qué ha visto. Hará como que las cosas siguen siendo las mismas que una semana atrás, exactamente como si no hubiera pasado nada, como si no hubiera podido pasar nada. Una semana tachada en el calendario. De no ser por su agenda Quo Vadis—cada día transcurrido recorta con cuidado la esquina de página perforada—, Théo podría dudar él mismo de haberla vivido.

Pondrá en el cesto de la ropa sucia lo que lleva puesto, todo sin excepción, por separado, pero medido en una bolsa de plástico, pues su madre odia que esté en contacto con otra ropa. Bajo la ducha, el agua tibia eliminará el olor que ella no soporta.

Durante las horas siguientes a su regreso, lo observará con esa cara aviesa de la que ella ni siquiera es consciente pero que él conoce de sobra, esa cara inquisitiva. Porque escudriña incesantemente a su hijo que aún no ha cumplido los trece años, escudriña sus gestos, su entonación, las maneras del hombre a quien ha dejado de nombrar. Todo mimetismo real o fingido la saca de quicio y provoca una réplica inmediata, una enfermedad que es menester erradicar cuanto antes. A ver esa postura, no

pongas así las manos, siéntate en el fondo de la silla, no te contonees, mantente erguido, lo mismito que el otro.

Vete a tu cuarto.

Cuando habla de su padre, cuando se ve obligada a mentar al hombre que fue su marido y en cuya casa su hijo acaba de pasar una semana entera, cuando no puede obviarlo, no pronuncia nunca su nombre de pila.

Lo llama «el otro», «el cabrón», «el pringado».

«Ese gilipollas» o «ese hijo puta», cuando habla por teléfono con las amigas.

Théo apechuga, cuerpo enclenque acribillado de palabras, pero ella no se da cuenta. Las palabras le lastiman, es un ultrasonido insoportable, un efecto Larsen que solo él parece oír, una frecuencia inaudible que le lacera el cerebro.

La noche siguiente a su regreso, le despierta un sonido agudo y lejano. Una nota estridente, un silbido parásito que le viene de dentro. Si se tapa los oídos con las palmas de las manos, el ruido al principio se amplifica, después se mitiga. A eso se le llama acúfeno. Lo leyó en una página de internet dedicada a la salud. El ruido surge cada vez con mayor frecuencia, en plena noche. Al principio, pensaba que procedía del exterior. Se levantaba. Se acercaba a la cocina, a los electrodomésticos, a las cañe-

rías del cuarto de baño, abría la puerta del rellano. Hasta que lo entendió.

El ruido está en su cabeza. Cuando el ruido para por fin, no puede conciliar el sueño.

No tiene más que un recuerdo de cuando sus padres estaban juntos.

Su madre está sentada en un sofá rígido, cubierto por una tela mullida color mostaza (de hecho, no está seguro de recordar realmente el sofá, puede que haya recreado la precisión de esa imagen a partir de una foto, la señora Destrée les explicó eso a comienzos de curso hablando de la memoria, hay cosas que se quedan grabadas, otras que se modifican o que se inventan, otras que se apropian). Su madre está sentada, tiesa, tensa, y no se apoya en el respaldo. Su padre se pasea ante ella, no habla, parece un animal dando vueltas en la jaula. Théo está sentado en el suelo o tal vez al lado de su madre, que no lo toca. Ha de alzar la cabeza para observarlos. Es un niño de cuatro años y unos meses, espectador atento de una guerra larvada a punto de estallar.

Luego saltan esas palabras que pronuncia su madre, palabras que lo golpean de inmediato, lo dejan sin respiración, palabras grabadas en su disco duro, palabras de adultos cargadas de algo que no percibe, pero cuya virulencia le llega. Su madre mira al suelo, pero se dirige a su padre y dice:

–Me das asco.

Han olvidado su presencia, o piensan que es demasiado pequeño para enterarse, para recordar, pero precisamente porque esas palabras contienen algo que se le escapa, algo fuerte y quizá un poco viscoso, las recordará.

En ese instante, ninguno de los dos puede imaginar que su hijo de cuatro años y unos meses no conservará más que un recuerdo de ellos juntos, y que será ese.

Théo vuelve de la ducha con ropa limpia. Piensa en la señora Destrée, que quería saber con cuál de sus padres pasaba la semana. Lo miraba de un modo extraño. Cuando se reunió con Mathis a la salida, le dijo: esa mujer está loca. Pero ahora que se para a pensarlo, un sentimiento de vergüenza le empaña la frente y le invade la garganta. Lamenta esas palabras.

Su madre sigue en la cocina, escucha distraídamente un programa de radio mientras termina de preparar la cena. Théo pregunta si puede mirar unos vídeos en Youtube.

No.

Que haga los deberes. Seguro que tiene trabajo por hacer.

Durante unas horas, tal vez hasta mañana, le hará pagar haber pisado suelo enemigo, haberse sustraído a sus normas, a su control, habérselo pasado bien.

Porque sabe perfectamente que se ha aprovechado a base de bien, que no ha pegado golpe, que se ha puesto morado de pantallas, atiborrado de patatas fritas y de Coca-Cola, que ha remoloneado hasta las tantas de la noche.

Eso piensa ella.

Tanto da lo que piense.

De todas formas, él no lo negará.